Alfonso Reyes en su centenario

Con la excepción de Unamuno ninguno de los grandes escritores peninsulares contemporáneos ha mantenido un verdadero diálogo retrospectivo o epistolar con los autores más destacados de la otra orilla del Atlántico. Sorprende a estos efectos cómo, v. gr., Ortega no legó testimonio alguno de sus presumibles contactos con la realidad literaria argentina, salvo, claro es, sus relaciones de todo tipo con la obra y la figura de Victoria Ocampo. Más llamativo aún es el silencio de Ramón Gómez de la Serna sobre las mismas letras de la pampa. Y aún hoy más allá del *boom* narrativo suramericano y de la intensificación de las relaciones entre la antigua metrópoli y los escritores de ultramar, la atención de nuestros vigías intelectuales pocas veces se posa con atención y conocimiento en la trayectoria de la cultura humanística del Nuevo Continente.

En este panorama Alfonso Reyes no había de correr suerte distinta. Su avecindamiento en Madrid durante cerca de un decenio y en el que desplegaría una notable actividad publicística, le valdría la estima de la plana mayor del pensamiento hispano de aquel ebullente período. Lazos y vinculaciones se fueron, sin embargo, prontamente deshaciendo tras su partida a Río de Janeiro, y sólo alguna personalidad relevante como Marañón y Dámaso Alonso —éste último en una deliciosa estampa mejicana— mantuvieron viva la llama del agradecimiento a uno de los mejores y más amorosos intérpretes de la cultura iberoamericana y figura descollante del firmamento intelectual de todas las Españas.

Y en verdad, la multivaria —adjetivo del que solía gustar el autor de *Visión de Anáhuac*— obra de éste permitía la recalada desde todas las direcciones del horizonte humanístico. La creación literaria en su vertiente poética y crítica, la erudición y sus manifestaciones de la edición de textos, el mundo del ensayo y del periodismo, el divertimiento literario y la divulgación aristocrática, el excursus historiográfico, la glosa artística y el caminar por las zonas más alegres de las letras —eutropelia, greguerías—, circunscriben un territorio humanístico en el que todas las dimensiones del espíritu encuentran cabida. Escritores, historiadores y críticos recogerán abundantes y codiciadas piezas en todo este vasto territorio. Aspectos y temas considerados habitualmente «menores» se enriquecen también con el tratamiento de su pluma de prodigiosos registros. Los «secretos» del arte de escribir, la propedéutica de la divulgación, los refinamientos del ensayo esotérico, las alternancias de estilo y diapasón de una prosa en la que el castellano dejó lo mejor de sí, pueden asimismo contemplarse y —cuando se pueda— aprehenderse y aprenderse en su ingente producción.

Naturalmente, obra de tan anchas dimensiones como la de Reyes ofrece fisuras y puntos débiles en más de un extremo. Con todo, éstas son ciertamente escasas. El acopia de saberes de nuestro escritor resulta asombrosa. Y tanto más que su vastedad, sor-

prende su perfecta arquitectura. Si hay en ella material de acarreo se encuentra bien implementado, dentro de un edificio literario en el que su nervadura es pétrea. Así el friso que nos ofrece de la literatura inglesa está esculpido hasta sus menores detalles. Desde las crónicas normandas hasta R. J. Stevenson, W. Thackeray o Chesterton, el tránsito de la pluma de Reyes es expedito y desembarazado. Pocos vericuetos de esta geografía quedaron sin ser contemplados por su mirada. El dominio de la lengua de Shakespeare era también perfecto como lo demuestran algunas de sus insuperables versiones españolas en una época, por fortuna, de excelentes traductores.

A su vez, el comercio de Reyes con las letras galas era considerable. Educado como buen escolar del Méjico positivista en el culto a la civilización francesa, el conocimiento de ésta quizá llegase a superar a la hispánica: «Después del pensamiento griego, en efecto, nada se parece tanto a los ideales del hombre como el pensamiento francés. Siempre estuvo presente donde la humanidad se engrandece. Siempre sirvió de contraste y criterio para apreciar la belleza o la fecundidad de una forma artística o de una idea, de una ley o de una conducta» (O.C. IX, 416).

Singularmente la gran poesía del XIX —V. Hugo, Rimbaud, Mallarmé— no guardaba secretos para él. Era éste, posiblemente, el campo de uno de sus solaces predilectos, valorando de manera precoz y aguda toda la producción implicada por los vates simbolistas de aquel país.

Con la cultura alemana, así como con la italiana tuvo, sin duda, menor familiaridad, cosa nada extraña en el mundo hispánico de su tiempo... y posterior.

Respecto de la literatura española cabe decir que con sus múltiples acotaciones pueden construirse los principales capítulos de su historia. Berceo, Alfonso X, Juan Ruiz —qué preciso retrato el de éste—, Mena, Cervantes, Herrera, Mateo Alemán, Góngora, Ruiz de Alarcón, Lope, Quevedo, Bécquer, Azorín, Valle, Unamuno, Machado, rebasan en las glosas de Reyes las lindes del tópico y del clisé mil veces repetido y nos ofrecen trozos suculentos de auténtica crítica literaria (menester éste que, como ya se expuso, encandiló los pasos de Reyes por el reino de las letras, planteándose de continuo problemas y más problemas, desazonado por el escaso vuelo que tal género había tenido en España después del prometedor impulso recibido de Menéndez Pelayo por quien Reyes profesaba ilimitada veneración y simpatía). Antes de que llegara Dámaso Alonso a hacerse dueño y señor de su figura, a Reyes se debe lo más sustancioso y completo de lo dicho sobre don Luis de Góngora. A propósito de su cercano centenario, Reyes afrontó con decisión los numerosos problemas que el término «barroco» presentaba —al igual que el de romanticismo y demás conceptos genéricos—, envuelto en lo abstracto; ¿época histórica?, ¿movimientos y actitud espirituales? Con su postura y revisionismo Reyes encontraba vado para los grandes críticos de la generación siguiente —Guillermo de Torre, José Fernández Montesinos, etc—, que con su estímulo resolvieron algunas de las perplejidades en que, pese a todo —fidelidad a magisterios sacralizados, tributo a la inercia— siguió debatiéndose la tarea de Reyes, al menos hasta su estancia bonaerense durante los años treinta.

Pero a pesar de todas las caudalosas fuentes del pensamiento de Reyes, éste se alimentó ante todo y sobre todo de las brotadas en el mundo clásico. Algún crítico malé-

volo se interrogó en sus mismos días por la paradoja de que un escritor como el mejicano, sin dominio de la lengua homérica, llegara a ser exégeta muy asiduo y encariñado con «la gloria que fue Grecia». Aquí se refuerzan más las identidades que manifiesta Reyes con otro autor español de su misma estirpe, Ramón Pérez de Ayala, imantado igualmente en su senectud por la cultura clásica de raíz helénica. Aunque, en efecto, la posesión de dicha lengua no era en ambos muy notable, el acceso a traducciones solventes, sobre todo francesas, les permitía una reflexión de primera mano acerca de los avatares de cultura que en su pensamiento debía seguir presidiendo los destinos de la educación de las jóvenes generaciones al menos en Occidente. Sólo la obsesión por esta idea explica el que casi una cuarta parte de las *Obras Completas* de Reyes aparecidas hasta el momento —XXI volúmenes— está consagrada a consideraciones varias en torno a la dionisiaca manifestación del espíritu heleno en las horas de su plenitud. Naturalmente hay que ver en ello —repetiremos— una clave básica de todo su quehacer literario. Aunque su talante no era en absoluto catastrofista y apostaba por el progreso humano, creía en la vigencia del mensaje de la antigüedad clásica como centro de estabilización cara al desenvolvimiento de un proceso espectacular de cambios y transformaciones de todo tipo. No fue, desde luego, Reyes el último humanista, pero sí uno de los más fervientes y egregios.

Aunque en el Méjico de su mocedad Reyes viviera en la tímida vanguardia de los círculos literarios más renovadores y en Madrid volviera a repetir la misma experiencia, el culto a las letras antiguas le alineó en la zona de los clásicos, más intemporal que inactual. Su información de casi todo lo publicado en Europa y en América en el primer tercio del novecientos es auténticamente asombrosa, pero la vibración con las inquietudes de su tiempo no le hizo desertar del jardín de Academos, en el que allá en los últimos estratos de su espíritu pensaba que se habían ventilado y deprimido de una vez para siempre todas las grandes cuestiones que estremecen la biografía de los hombres. Su clasicismo, pues, era a la par asunto de talante y de aficiones literarias. El Madrid de su tiempo, imantado doblemente por Berlín y París, era un buen observatorio para columbrar los últimos latidos de la cultura y sus corrientes más vivificantes. Reyes fue consciente de que durante los primeros veinte años del siglo había sido coetáneo del alumbramiento de las ideas que habían de modelar en sus esquemas básicos toda la andadura posterior de la Humanidad. Ni la relatividad, ni el freudismo, ni el internacionalismo, como tampoco la descolonización y el auge de los existencialismos dejaron de tener perfiles exactos cuando no premonitorios. Mas sin perder su calidad de observador comprometido y zozobrado por los fenómenos de mayor dimensión histórica de su juventud y madurez, Reyes no declinó nunca de su creencia en la identidad antropológica del hombre, observando por ello el despliegue de la Historia *sub specie aeternitatis* más que por una fe religiosa que todo hace pensar que estuvo ausente de su actuar. Marca de espíritu, sello de personalidad que grabó también las exigencias de otros grandes hombres de letras de su época, sobre todo, de los consagrados a los mismos menesteres ensayísticos y críticos por los que Reyes sintiera particular predilección. Carácter, por supuesto, que no priva a su titánico quehacer de niguna nota de innovación y modernidad, pero que lo asienta y encuadra en el marco de un clasicismo en el que su obra encontró los mejores motivos de inspiración y su acomodo más fecundo.

La preocupación por el hombre le llevó a escrutar con mirada de Minerva la evolución de su tiempo y estudiar con singular perspicacia la raíz inmediata de éste. Por ello, la obra del escritor mejicano puede utilizarse por el historiador de la contemporaneidad como un buen observatorio para el análisis de diversos fenómenos y episodios. Consignemos, sin embargo, de entrada, y un tanto por vía paradójica, que el silencio de Reyes sobre el Méjico del porfiriato y de la revolución es casi impenetrable. No lo explica, lógicamente, su condición profesional de diplomático por espacio cerca de un cuarto de siglo, sino de manera harto más probable el impacto causado en su ánimo por la derrocación del dictador Díaz y la penosa suerte seguida por su padre en los remolinos iniciales de la revolución. Al regresar definitivamente a su tierra del Anáhuac las alabanzas a la gran obra de recuperación material y educativa de los gobernantes de su patria saltarán a los puntos de su pluma, pero siempre de manera parsimoniosa y recatada, no obstante su incondicional aceptación de la nueva legitimidad, de la que fue vocero y represante en varias ocasiones a lo largo del hemisferio austral.

Por el contrario, las vicisitudes españolas durante el tiempo en que permaneció en Madrid fueron recogidas con pálpito cordial y hondura de análisis. La imposibilidad de recambio dentro del sistema canovista ostensible con la agonía de los partidos históricos fue para él preanuncio seguro del *tournant* hacia la república alborozadamente recibida tiempo adelante desde su embajada sudamericana. Con pluma leve testificó el punto de ruptura definitivo que habría de desligar a la España proletaria de cualquier empresa reformadora que no pasara por la revolución social. Aún sin dar especial importancia a los orígenes del movimiento comunista, sí calibró en toda su trascendencia la escisión del PSOE y todavía más advirtió en toda su dimensión la frustración de la España jornalera, es decir, del sur agrícola ante la cerrazón granítica de una oligarquía que despreció al filo de los años diez las últimas oportunidades para un mínimo pacto social. Seguramente esta miopía le traería al recuerdo sus años de adolescente ilusionado ante la esclerosis del porfiriato. Y habría de pensar en una repetición de los sucesos de su país en versión española. Cuando Reyes marchaba de Madrid camino de Brasil, estaba convencido de que la Historia había sentenciado definitivamente la monarquía de Alfonso XIII. Su final era sólo cuestión de años. Y el tiempo confirmaría su diagnóstico.

Frente a los apuntamientos y glosas de Reyes a la actualidad política de la España en que vivió, sus acotaciones cara a los movimientos artísticos y literarios resulta, claro es, de un número muy superior. No sólo el mundo académico y erudito, el de la *Revista de Filología Española,* el de la Institución Libre de Enseñanza, sino también el de las vanguardias más audaces, como las cinematográficas, suscitaron el comentario y el escolio de una pluma siempre porosa.

Sus reseñas en la primera y sus artículos en el flamante *El Sol* constituyen un mirador de singular penetración en todo lo que había de vivo en la cultura española promediados los años diez.

La pluma que le servía para levantar acta notarial de los principales eventos literarios, historiográficos y artísticos estaba impregnada de una universal simpatía por lo hispano. Creía firmemente Reyes que el hombre peninsular había construido uno de

los edificios culturales más grandiosos e imponentes vistos por el correr de los siglos. Y apostaba decididamente por el despliegue de sus todavía incontables potencialidades. El rastreo de su obra no autoriza a sostener que al pensar así se dejaba llevar en alguna medida por prejuicios antiyanquis, tan presentes en todos los grandes escritores hispanoamericanos de su generación. (Norteamérica no ocupa un lugar importante en su voluminosa bibliografía y cuando surge en ella no resulta distorsionada por ningún prisma apriorístico y pasional). Después de su estancia madrileña, las estadías brasileña y rioplatense le confirmaron en las virtualidades esplendentes de la cultura iberoamericana, emproada hacia el mar del futuro.

Erigida sobre un mestizaje vivificador, Reyes perdía la habitual serenidad de su registro estilístico al que ensoñar la suerte que el porvenir tenía reservada a la civilización hispana y de manera singular a la de los países del Nuevo Continente. Retornado a Méjico tras su largo periplo por las tierras brasileñas y de la pampa, buen número de sus reflexiones se enhilaron en torno al increíble robustecimiento que tendrían las letras americanas, vencido el gran obstáculo de la rigidez de sus fronteras políticas y culturales que impedían una verdadera ósmosis de autores y obras: «Entre la homogeneidad del orbe latino y la homogeneidad del orbe sajón— los dos personajes del drama americano— la simpatía democrática oficia de nivelador, rumbo a la *homonimia.* Las naciones americanas no son, entre sí, tan extranjeras como las naciones de otros continentes. Tres siglos de elaboración; un siglo de azarosos tanteos, desatados por las independencias y las nuevas organizaciones; medio siglo más de coherencia y cooperación. Tal es, en su perspectiva general, la senda de América... Europa, la Europa cuyas culturas gozan de un sistema ya tan elaborado de vasos comunicantes, experimenta ahora mismo la necesidad de perfeccionar la circulación del espíritu. ¡Cómo hemos de experimentarla en América, donde apenas están en formación las venas y arterias del vasto cuerpo, donde entre una y otra *nación intelectual* hay grandes regiones de selvas vírgenes tan impracticables como las otras!» (*O.C.,* X,I. 62, 67).

Sin ser pionero de este internacionalismo suramericano, a Reyes se debe un impulso decisivo para lograr, en tiempos de mayor potencia editorial que los actuales, el gran *revival* de la literatura del Nuevo Mundo y de la conciencia de supranacionalidad que la informa. La fuerte tensión entre casticismo y universalidad de las mejores horas de la vieja cultura española encontraría en la americanidad sus más envidiables resultados, «... de suerte que, según afirmaba Burckhardt, el principio de la historia es la libertad del bastardeo; así las grandes civilizaciones históricas siempre han resultado del hibridismo, y olvidarlo es ser víctima de una ilusión óptica o, lo que es peor, poner la ciencia al servicio del fraude. Hoy por hoy, el problema ni siquiera puede plantearse. Todos los pueblos son mestizos, sin exceptuar a ciertos desdichados grupos perdidos en el fondo africano o en algún repliegue geográfico, como aquellos hurdetanos de España casualmente descubiertos en pleno siglo XX y que todavía preguntaban por el rey don Felipe II. Y no hablemos más de razas, sino de culturas; y más todavía, de la cultura, pues los campos históricos se han fundido a marcha creciente con la comunicación de la tierra, y el planeta se encamina a la íntegra y cabal circulación de la sangre humana» (*O.C.* XI, 315).

Sin embargo, su canto a la «hispanidad» no es una epifanía bobalicona o patriotera. Sus palmetazos a las muchas deficiencias estructurales y formales de la literatura y, en general, del pensamiento peninsular, fueron enérgicos y frecuentes. Expresivamente coincidía en ello con su admirado Azorín (junto al que representara a España ante Francia en una delegación cultural, descrita por Reyes con sabrosa pluma). Lo deslavazado, lo incompleto, lo presuroso y mutilado de tantas creaciones de nuestras letras, incluidas las del Siglo de Oro —piénsese, por un momento, en el teatro clásico—, tuvieron en él un crítico detallista e implacable. La ausencia de *esprit de suite,* la intransigencia del talante celtíbero y su lógica plasmación en la carencia de tradiciones en el ámbito científico y literario, desasosegaron muchas veces sus meditaciones sobre el ser moral de España y Portugal —que para Reyes eran una misma cosa...—, espoleándole a nuevas indagaciones y buceos por el alma hispana. En general, fueron los autores más «aislados» y solitarios los que atrajeron con particular interés su atención. El conocimiento de Gracián, por ejemplo, se benefició de su continuo análisis. En su obra vivió Reyes todo el alcance y limitaciones de nuestro género literario. Como coetáneamente había de observarlo en la figura de su gran contemporáneo Valle Inclán. Llamaradas, más que un yunque de estable temperatura, a la manera de lo sucedido en la cultura de otros pueblos latinos —Francia— o no —Alemania.

Como otro gran escritor mejicano de semejante linaje espiritual y parecida trayectoria biográfica, Octavio Paz, la clave de la visión de la cultura española poseída por Reyes estribaba en su no modernidad. A partir de mediados del XVII, el espíritu hispano discurrió por caminos propios, alejado de los países que estaban construyendo el mundo de la modernidad. No participaba el gran mejicano de la tesis más adelante defendida por un amplio sector de la intelectualidad nacional de los años cuarenta y cincuenta de «la otra modernidad española». La senda emprendida en el XVII había de conducir forzosamente a uno de los pueblos de mayor vitalidad histórica en los siglos precedentes a la elaboración de un cultura rica, pero deformada, al estar privada de la savia de su tiempo. Tal circunstancia no le privaría de la simpatía y hasta del respeto de Alfonso Reyes y de su continuador en tantas tareas, Octavio Paz; bien conscientes uno y otro, sin embargo, del verdadero promontorio que el hecho alzó entre España y la Europa occidental.

Más o menos relativizada, también participaba de esta opinión uno de los críticos literarios más brillantes del siglo XX español, Fernández Montesinos, quien estamparía en una de sus incomparables reseñas bibliográficas el siguiente juicio sobre nuestro autor: «Y don Alfonso en nada se desmiente nunca: gran humanista, gran literato, gran corazón» *(Ensayos y estudios de literatura española,* Madrid, 1970, 273).

Esperemos que su centenario avivará el interés de los jóvenes investigadores de la cultura hispanoamericana por las tareas y empeños críticos de Alfonso Reyes, resituándolo en el puesto destacado que jamás debió perder en las más egregias nóminas de sus hombres de letras.

José M. Cuenca Toribio